

## ¿Choque de civilizaciones?

Samuel P. Huntington\*

### EL PRÓXIMO MODELO DE CONFLICTO

La política mundial está entrando en una nueva fase, y los intelectuales no dudan en anticipar vaticinios sobre lo que va a ocurrir en el futuro: el fin de la historia, el retorno de las tradicionales rivalidades entre Estados nacionales y el declive del Estado nacional, a causa, entre otros factores, de las conflictivas tensiones que producen el tribalismo y el globalismo. Cada una de esas visiones captura algunos aspectos de la realidad emergente. Sin embargo, todas pasan por alto un elemento crucial, e incluso decisivo, de lo que es probable que sea la política mundial en los años venideros.

La hipótesis aquí defendida es que la fuente principal de conflicto en este mundo nuevo no va a ser primariamente ideológica ni económica. Las grandes divisiones del género humano y la fuente predominante de conflicto van a estar fundamentadas en la diversidad de culturas. Los Estados nacionales seguirán siendo los más poderosos actores en los asuntos mundiales, pero los principales conflictos de la política global serán los que surjan entre naciones y grupos pertenecientes a civilizaciones diferentes. El choque de las civilizaciones dominará la política mundial. Y las líneas de fractura entre las civilizaciones serán las grandes líneas de batalla del futuro.

La última fase en la evolución del conflicto en el mundo moderno estará caracterizada por la confrontación entre civilizaciones. Durante siglo y medio después de la emergencia del moderno sistema internacional con la Paz de Westfalia, los conflictos del mundo occidental han sido en muy gran medida enfrentamientos entre príncipes —emperadores, monarcas absolutos y monarcas constitucionales— que pugnaban por expandir el poderío de sus burocracias, sus ejércitos, su economía mercantilista y, por encima de todo, los territorios que gobernaban. En el curso de este proceso se crearon los estados nacionales, y desde la Revolución francesa las líneas principales de enfrentamiento, más bien que entre príncipes, lo fueron ya entre naciones. En 1793, como ha dicho R. R. Palmer, “las guerras de reyes se acabaron y empezaron las guerras de pueblos”. Este modelo decimonónico de conflicto duró hasta el final de la Primera Guerra Mundial. Después, como resultado de la Revolución rusa y de la reacción contra ella, la lucha entre las naciones cedió

el paso al conflicto de ideologías, primeramente entre el comunismo, el nazifascismo y la democracia liberal, y más tarde entre el comunismo y la democracia liberal. Durante la Guerra Fría, este último enfrentamiento cristalizó en una dura oposición entre las dos superpotencias, ninguna de las cuales era un Estado nacional en el sentido europeo clásico, definiendo cada una de ellas su identidad en términos de su ideología.

Estos conflictos entre príncipes, Estados nacionales e ideologías fueron fundamentalmente colisiones surgidas en el seno de la civilización occidental, “guerras civiles occidentales”, como reza la etiqueta que les ha aplicado William Lind. Eso fue tan cierto de la guerra fría como lo fue de las guerras mundiales y de las anteriores contiendas de los siglos XVII, XVIII y XIX. Con el final de la guerra fría, la política internacional sale de su fase occidental, tornándose en pieza clave de su dinámica la interacción entre Occidente y las civilizaciones no-occidentales y entre las propias civilizaciones no-occidentales. En la política de las civilizaciones, los pueblos y los gobiernos de las áreas no-occidentales han dejado ya de ser objetos históricos única y exclusivamente como blancos situados bajo el punto de mira del colonialismo occidental. Ahora se unen al Occidente como motores y artífices de la historia.

#### LA NATURALEZA DE LAS CIVILIZACIONES

Durante la guerra fría, el mundo se dividió en tres sectores: el Primero, el Segundo y el Tercer Mundo. Esas divisiones no son ya relevantes. Ahora tiene mucho más sentido agrupar a los países no en términos de sus sistemas políticos o económicos, o en términos de su nivel de desarrollo económico, sino más bien en términos de su cultura y civilización.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de una civilización?

Una civilización es una entidad cultural. Ciudades, regiones, grupos étnicos, nacionalidades, grupos religiosos, son entidades que tienen distintas culturas a diferentes niveles de heterogeneidad cultural. La cultura de una ciudad del sur de Italia puede ser distinta de la de una ciudad de la Italia del norte, pero ambas tendrán en común una cultura italiana que las distingue de las ciudades alemanas. Las comunidades europeas compartirán, a su vez, rasgos culturales que las diferencien de las comunidades árabes o chinas. Pero árabes, chinos y occidentales no son ya, sin embargo, parte de ninguna entidad cultural más amplia. Constituyen civilizaciones. Una civilización es, pues, la más elevada agrupación cultural de gentes y el más amplio nivel de identidad cultural que poseen los pueblos y que es en suma lo que distingue a los hombres de las demás especies. Una civilización se deja definir por elementos objetivos comunes, como son el lenguaje, la historia, la religión, las costumbres y las instituciones, y también, a su vez, por la autoidentificación subjetiva de un pueblo. La identidad cultural de la gente tiene varios niveles:

un residente de Roma puede autodefinirse, según diferentes grados de intensidad, como romano, italiano, católico, cristiano, europeo y occidental. La civilización a la que pertenece es el nivel más amplio de identificación al que él se adscribe de todo corazón. Los pueblos y las gentes pueden redefinir y de hecho redefinen sus propias identidades, a resultas de lo cual cambian la composición y las líneas fronterizas de las civilizaciones.

Las civilizaciones pueden involucrar a un gran número de gentes, como sucede en China (“una civilización que pretende ser un Estado”, en frase de Lucian Pye), o a un número muy reducido, como ocurre en el Caribe anglofónico. Una civilización puede englobar varios Estados nacionales —como es el caso de las civilizaciones occidentales, latinoamericanas y árabes—, o solamente uno, como es el caso de la civilización japonesa. Es evidente que las civilizaciones se funden, se solapan, y pueden incluir subcivilizaciones. Las civilizaciones occidentales tienen dos grandes variantes, la europea y la norteamericana; y el islam comprende las subdivisiones árabe, turca y malaya. Sin embargo, todas las civilizaciones son entidades plenas de sentido y reales, aunque raramente sean nítidas las líneas que separan unas de otras. Las civilizaciones son dinámicas; se encumbran y caen; se separan y se mezclan. Y como bien sabe cualquier estudiante de historia, desaparecen y quedan sepultadas en las arenas del tiempo.

Los occidentales tienden a considerar a los Estados nacionales como los principales actores en los asuntos mundiales; y así ha sido, ciertamente, mas sólo durante unos pocos siglos. Las conquistas más admirables de la historia humana fueron fruto de la historia de las civilizaciones. En su *Estudio de la Historia*, Arnold Toynbee llegó a identificar a veintiuna civilizaciones importantes; de ellas, sólo seis existen en el mundo contemporáneo.

#### ¿POR QUÉ HAN DE CHOCAR LAS CIVILIZACIONES?

La identidad de civilización va a ir adquiriendo una importancia cada vez mayor en el futuro, y el mundo se irá configurando en amplia medida por las interacciones entre las siete u ocho principales civilizaciones. Entre éstas se cuentan la occidental, la confuciana, la japonesa, la islámica, la hindú, la eslavo-ortodoxa, la latinoamericana y posiblemente la africana. Las batallas más serias del futuro se van a librar a lo largo de las líneas de fractura culturales que separan a estas civilizaciones.

¿Por qué ha de ocurrir así?

En primer lugar porque las diferencias entre civilizaciones no son solamente reales; son básicas. Las civilizaciones se diferencian entre sí por la historia, el lenguaje, la cultura, la tradición y, lo que es más importante, por la religión. Los pueblos que pertenecen a civilizaciones distintas tienen puntos de vista diferentes sobre las relaciones entre Dios y el hombre, el individuo y

el grupo, el ciudadano y el Estado, entre padres e hijos, entre marido y mujer; e igualmente opiniones distintas sobre la relativa importancia de los derechos y las responsabilidades, de la libertad y la autoridad, de la igualdad y la jerarquía. Estas diferencias son producto de siglos. No pueden desaparecer en un santiamén, pues son mucho más fundamentales que las diferencias entre ideologías y regímenes políticos. Las diferencias no significan necesariamente conflicto, ni el conflicto significa necesariamente violencia. Pero en el curso de los siglos, sin embargo, las diferencias entre civilizaciones han sido las causantes de los conflictos más duraderos y violentos.

En segundo lugar, el mundo se está quedando cada vez más pequeño. Ello quiere decir que las interacciones entre los pueblos y gentes de diferentes civilizaciones están incrementando su impacto; y este incremento intensifica la conciencia de la propia civilización, de las correspondientes diferencias con otras civilizaciones, y de los rasgos comunes en el interior de la propia. La inmigración norteafricana a Francia ha generado hostilidad entre los franceses y aumentado al mismo tiempo la receptividad a la inmigración de los “buenos” polacos, que son católicos y europeos. Los americanos reaccionan mucho más negativamente ante una inversión japonesa que ante operaciones financieras de mucho mayor calado procedentes de Canadá o de países europeos. Similarmente, como ha advertido Donald Horowitz, “un ibo podía ser [...] un owerri ibo o un onitsha ibo en lo que fue la región oriental de Nigeria. En Lagos, es simplemente un ibo. En Londres, un nigeriano. En Nueva York, un africano”. Las interacciones entre pueblos y gentes de diferentes civilizaciones intensifican la conciencia-de-civilización de los individuos, y ésta a su vez refuerza diferencias y animosidades que se remontan, o la gente cree que se remontan, a una lejana historia pasada.

En tercer lugar, los procesos de modernización económica y de cambio social a lo largo del mundo despojan a las gentes de sus antiguas identidades locales. Igualmente debilitan al Estado nacional como fuente de identidad. En buena parte del globo, la religión se ha apresurado a cubrir este hueco, con frecuencia en forma de movimientos etiquetados de “fundamentalistas”. Tales movimientos se encuentran en el cristianismo occidental, en el judaísmo, el budismo y el hinduismo, al igual que en el islam. En casi todos los países y en casi todas las religiones, los miembros activos de esos movimientos fundamentalistas son jóvenes, individuos de formación universitaria, técnicos de clase media, profesionales y hombres de negocios. La “deseccularización del mundo”, ha observado George Weigel, “es uno de los hechos sociales dominantes de la vida en las postrimerías del siglo XX”. El *revival* de la religión, “*la revanche de Dieu*”, por utilizar la expresión acuñada por Gilles Kepel, suministra una base para la identidad y el compromiso que trasciende fronteras nacionales y une civilizaciones.

En cuarto lugar, el crecimiento de la conciencia de civilización es potenciado por el papel dual de Occidente. Por una parte, Occidente es una cima

de poder. Al mismo tiempo, sin embargo, y quizá como resultado de ello, se está dando entre las civilizaciones no occidentales un retorno a la cuestión de las propias raíces. Con frecuencia cada vez mayor se oyen referencias a tendencias hacia una interiorización y “asiatización” en Japón, al fin del legado de Nehru y la “hinduización” de la India, al fracaso de las ideas occidentales de socialismo y nacionalismo, y por ello a la “reislamización” del Oriente Medio y al debate sobre occidentalización frente a rusificación en el país de Borís Yeltsin. Un Occidente en la cima del poder se encuentra enfrentado con un Oriente que alimenta más y más el deseo, la voluntad y los recursos para configurar al mundo en formas no-occidentales.

En el pasado, las elites de las sociedades no-occidentales solían ser personas muy comprometidas con Occidente, educadas en Oxford, la Sorbona, o Sandhurst, que habían absorbido actitudes y valores occidentales. Al mismo tiempo, la población de las naciones no-occidentales permanecía profundamente inmersa en una cultura precaria. Ahora, sin embargo, esas relaciones se están invirtiendo. El proceso de “desoccidentalización” e “indigenización” de las elites se está extendiendo en muchos países no-occidentales, mientras que las culturas y los estilos y hábitos occidentales, usualmente americanos, se popularizan más y más entre las masas.

En quinto lugar, las características y diferencias culturales son menos mudables y por tanto menos fácilmente captables y resueltas que las cuestiones políticas y económicas. En la antigua Unión Soviética, los comunistas podían hacerse demócratas, el rico podía devenir pobre y el pobre rico, pero los rusos no podían convertirse en lituanos ni los azerbaiyanos en armenios. En los conflictos ideológicos y de clases, la pregunta clave es “¿Qué eres tú?”. Y éste es un hecho que no puede ser cambiado. Como ya sabemos, desde Bosnia, pasando por el Cáucaso, hasta el Sudán, una respuesta desacertada a esta pregunta puede significar un balazo en la cabeza. Incluso más que la etnicidad, la religión discrimina nítida y exclusivamente entre las gentes. Una persona puede ser medio francesa y medio árabe, e incluso ciudadana a la vez de dos países. Pero es más difícil ser medio católica y medio musulmana.

Finalmente, el regionalismo económico está aumentando. La proporción total de transacciones comerciales intrarregionales ha crecido entre 1980 y 1989 desde el 51 al 59 por 100 en Europa, del 33 al 37 por 100 en el Este asiático, y del 32 al 36 por 100 en Norteamérica. Y es verosímil que en el futuro continúe aumentando la importancia de los bloques económicos regionales. Por una parte, el éxito del regionalismo económico reforzará la conciencia de civilización. Por otra, el regionalismo económico sólo podrá triunfar cuando se encuentre enraizado en una civilización común. La Comunidad Europea se apoya en el fundamento compartido de una cultura europea y de un cristianismo occidental. El éxito del Área de Libre Comercio norteamericana depende de la convergencia ahora soterrada de las culturas mexicana, canadiense y americana. Japón, en cambio, encuentra dificultades para crear una entidad econó-

mica comparable en el Este asiático porque Japón es una sociedad y una civilización singularizada. Por sólidos que sean los lazos comerciales e inversionistas que el Japón pueda desarrollar con otros países de su entorno asiático, sus diferencias culturales con ellos inhiben y hasta quizá imposibilitan la promoción de una integración económica y regional al modo de la que se ha producido en Europa y en América del Norte.

En cambio, la comunidad de cultura está facilitando ampliamente la rápida expansión de las relaciones económicas entre los pueblos de la República China y Hong Kong, Taiwan, Singapur, y las comunidades chinas de otros países asiáticos. Con el final de la guerra fría, las comunidades culturales superaron rápidamente sus diferencias ideológicas y la China continental y Taiwan protagonizaron un movimiento de acercamiento. Si la comunidad cultural es un prerrequisito para la integración económica, el principal bloque económico del Este asiático en el futuro va a estar seguramente centrado en China. De hecho, este bloque ha nacido ya. Como ha observado Murray Weidenbaum,

Pese al actual dominio japonés de la región, la economía de Asia con base en China está emergiendo rápidamente como un nuevo epicentro para la industria, el comercio y las finanzas. Esta estratégica área posee sustanciales cantidades de tecnología y capacidad de manufacturación (Taiwan), importante espíritu emprendedor, perspicacia mercantil y de servicios (Hong Kong), una rica red de comunicaciones (Singapur), una tremenda reserva de capital financiero (las tres), y grandes cantidades de tierra, de recursos y de potencial de trabajo (China continental) [...]. Desde Guangzhou a Singapur, desde Kuala Lumpur a Manila, esta influyente red —basada a menudo en las ampliaciones de los clanes tradicionales— ha sido descrita como la columna vertebral de la economía del Este asiático<sup>1</sup>.

La cultura y la religión forman también la base de la organización de Cooperación Económica que reúne a diez países musulmanes no árabes: Irán, Pakistán, Turquía, Azerbaiyán, Kazajistán, Kirguistán, Turkmenistán, Tayikistán, Uzbekistán y Afganistán. Uno de los motores de la revitalización y expansión de esta organización, fundada originalmente en los años sesenta por Turquía, Pakistán e Irán, surgió cuando los dirigentes de varios de estos países tomaron conciencia de que no tenían la menor probabilidad de admisión en la Comunidad Europea. Similarmente, Caricom, el Mercado Común de América Central, y Mercosur se apoyan en fundamentos culturales comunes. Los esfuerzos por construir una entidad económica más amplia centroamericana-caribeña que uniese a los divididos anglo-latinos ha fracasado, sin embargo, hasta la fecha.

El hecho de que las gentes definan su identidad en términos étnicos y religiosos, las inclina a ver que existe una relación de un “nosotros” frente a la de un “ellos” que las distingue de las personas de diferente etnicidad y re-

ligión. El final de los Estados definidos ideológicamente en la Europa del Este y la anterior Unión Soviética permitió que salieran a la luz las tradicionales identidades y animosidades étnicas. Las diferencias en cultura y en religión crean diferencias en cuestiones políticas, que van desde las relativas a los derechos humanos a la inmigración hasta los de la manipulación y el comercio con el entorno. La vecindad geográfica da lugar a reclamaciones territoriales conflictivas desde Bosnia a Mindanao. Y lo que es más importante: los esfuerzos de Occidente por promover sus valores de democracia y liberalismo como valores universales, por mantener su predominio militar y poner por delante sus intereses económicos, engendra respuestas adversas en otras civilizaciones. Cuando disminuye la capacidad para movilizar apoyos y formar coaliciones sobre la base de la ideología, los gobiernos y los grupos recurren a la movilización de esos apoyos apelando a la religión común y a la identidad de civilización.

El choque de civilizaciones tiene así lugar a dos niveles. Desde el punto de vista del micronivel, los grupos situados a lo largo de líneas de fractura entre civilizaciones pugnan, con frecuencia de modo violento, por el control del territorio y entre sí. Desde el punto de vista del macronivel, los Estados de civilizaciones diferentes compiten por el relativo poder militar y económico, pugnan por el control de instituciones internacionales y de terceros, y promueven competitivamente sus principales valores políticos y religiosos.

#### LAS LÍNEAS DE FRACTURA ENTRE CIVILIZACIONES

Las líneas de fractura entre civilizaciones están reemplazando a las fronteras políticas e ideológicas de la guerra fría como puntos álgidos de crisis y derramamiento de sangre. La guerra fría comenzó cuando el Telón de Acero dividió a Europa tanto política como ideológicamente. Y terminó con el final de ese Telón de Acero. Con la desaparición de la división ideológica de Europa, volvió a emerger la división cultural entre el cristianismo occidental por una parte, y el cristianismo ortodoxo y el Islam por la otra.

La línea divisoria más importante en Europa, como ha sugerido William Wallace, puede muy bien ser la frontera oriental de la Cristiandad Occidental del año 1500. Esta línea se extiende a lo largo de lo que ahora son las fronteras entre Finlandia y Rusia, y entre los estados bálticos y Rusia, corta Bielorusia y Ucrania separando la Ucrania occidental, más católica, de la ortodoxa Ucrania oriental, gira hacia el oeste separando Transilvania del resto de Rumania, y continúa luego a través de Yugoslavia siguiendo casi exactamente la línea que actualmente separa a Croacia y Eslovenia del resto de Yugoslavia. En la región de los Balcanes, esta línea coincide, desde luego, con las fronteras históricas entre el imperio de los Habsburgo y el imperio Otomano. Los pueblos situados al norte y al oeste de esta línea son protestantes o católicos; todos



ellos compartieron las experiencias comunes de la historia europea: el feudalismo, el Renacimiento, la Reforma, la Ilustración, la Revolución francesa, y la Revolución industrial; en general, estos pueblos tienen un nivel económico superior al de los pueblos del este; y ahora pueden afrontar el futuro arropados por un compromiso cada vez mayor con una común economía europea y con la consolidación de sistemas políticos democráticos. Los pueblos situados al este o al sur de esta línea son ortodoxos o musulmanes; históricamente, pertenecieron a los Imperios otomano o zarista, y los sucesos que modelaron al resto de Europa los afectaron sólo muy débilmente; su economía está en general más atrasada que la de sus vecinos occidentales, y parecen bastante menos preparados para desarrollar sistemas políticos democráticos estables. El Telón de Terciopelo de la cultura ha reemplazado al Telón de Acero de la ideología como línea divisoria más significativa en Europa. Tal como han mostrado los sucesos de Yugoslavia, esta línea no se limita a demarcar sólo una diferencia; es también a veces una línea de conflicto sangriento.

El conflicto a lo largo de la línea de fractura entre las civilizaciones occidental e islámica viene sucediéndose desde hace mil trescientos años. Tras la fundación del islam, la oleada árabe y musulmana hacia el norte y el oeste sólo acabó en Tours en 732. Desde el siglo XI al XIII, las Cruzadas trataron

de llevar, con éxito temporal, el cristianismo y el orden cristiano a Tierra Santa. Desde el siglo XIV al XVII, los turcos otomanos invirtieron este equilibrio extendiendo su dominio sobre el Cercano Oriente y los Balcanes, tomaron Constantinopla, y por dos veces pusieron sitio a Viena. En el siglo XIX y primeros años del XX, conforme iba declinando el poder otomano, Inglaterra, Francia, e Italia establecían un control occidental sobre la mayor parte del norte de África y del Cercano Oriente.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Occidente comenzó a batirse en retirada; los imperios coloniales desaparecieron; en un primer momento el

nacionalismo árabe entró en escena y más tarde lo hizo el fundamentalismo; Occidente se encontró atrapado en una situación de absoluta dependencia de los pueblos del golfo Pérsico por la cuestión de la energía; los países árabes ricos en petróleo se convirtieron en países ricos en dinero y, cuando lo desearon, ricos en armamento. Varios fueron los enfrentamientos armados entre árabes e Israel (creado por Occidente). Francia sostuvo en Argelia una sangrienta y despiadada guerra durante la mayor parte de la década de 1950; fuerzas británicas y francesas invadieron Egipto en 1956; los ejércitos norteamericanos entraron en el Líbano en 1958; en años sucesivos, las fuerzas estadounidenses volvieron al Líbano, atacaron Libia, y se enfrentaron varias veces con Irán; terroristas árabes y musulmanes, apoyados por al menos tres gobiernos del Cercano Oriente, empleando el arma del débil, hicieron saltar por los aires aviones e instalaciones y secuestraron rehenes occidentales. Este continuo estado de guerra entre árabes y occidente culminó en 1990, cuando los Estados Unidos enviaron un imponente ejército al golfo Pérsico para defender a ciertos países árabes de la agresión de otro. A partir de entonces, la planificación de la OTAN está incesantemente dirigida a las potenciales amenazas y a la inestabilidad existente a todo lo largo de su "sección sureña".

No es verosímil que decline esta secular interacción militar entre Occidente y el islam. E incluso podría hacerse más virulenta. La Guerra del Golfo despertó en los árabes un sentimiento de orgullo ante el hecho de que Saddam Hussein hubiese atacado a Israel y desafiado a Occidente. Pero también dejó a muchos humillados y resentidos por la presencia militar de Occidente en el golfo Pérsico, el aplastante poderío de estas tropas, y la aparente incapacidad de los árabes para configurar su propio destino. Además de ser exportadores de petróleo, muchos de estos países árabes están alcanzando también unos niveles de desarrollo económico y social en los que las formas de gobierno autocrático no son ya apropiadas y los esfuerzos por introducir la democracia se hacen cada día más urgentes. De hecho, algunas aperturas en sus sistemas políticos han tenido ya lugar en ciertos países árabes, y sus principales beneficiarios han sido los movimientos islamistas. Dicho en pocas palabras: la democracia occidental está fortaleciendo en el mundo árabe a las fuerzas políticas antioccidentales. Tal vez se trate de un fenómeno pasajero, pero con seguridad es un hecho que dificulta las relaciones entre los países islámicos y el Occidente.

Estas relaciones se ven también complicadas por la demografía. El espectacular crecimiento de la población en los países árabes, particularmente en el Norte de África, ha disparado la emigración a Europa occidental. El movimiento dentro de ésta hacia la minimización de sus fronteras internas ha agudizado la sensibilidad política a esta tendencia. Y así, en Italia, en Francia, y en Alemania, aumenta la presencia de un racismo sin tapujos, y a partir de 1990 se multiplican día a día las reacciones políticas y los actos de violencia contra emigrantes turcos y árabes.

Cada uno de los lados contempla la interacción entre el islam y Occidente como un choque de civilizaciones. La “próxima confrontación” con los occidentales, observa M. J. Akbar, escritor indio mahometano, “va a provenir definitivamente del mundo musulmán. Será en el área de las naciones islámicas, desde el Magreb a Pakistán, donde comenzará la lucha por un nuevo orden mundial. M. Bernard Lewis llega a una conclusión similar:

Nos encontramos ante una disposición y un movimiento que trascienden ampliamente el mero nivel de rencillas y políticas locales y de los gobiernos que las protagonizan. Lo que ahora está en juego es nada menos que un choque de civilizaciones: la reacción, quizá irracional aunque histórica con seguridad, de un antiguo rival de nuestra herencia judeo-cristiana, de nuestro secular presente, y de la expansión mundial de los dos contendientes<sup>3</sup>.

Históricamente, la otra gran interacción antagonista de la civilización islámica árabe ha sido la de los pueblos negros del sur, antiguamente paganos y animistas, y ahora en proceso creciente de cristianización. En el pasado, este antagonismo fue compendiado en la imagen del negrero árabe y su mercancía de esclavos negros. Y en tiempos recientes ha quedado reflejado en la guerra civil del Sudán entre árabes y negros, en las batallas libradas en el Chad entre revolucionarios apoyados por Libia y el gobierno, en las tensiones entre cristianos ortodoxos y musulmanes en el interior de África, y en los conflictos políticos, motines y violencia comunal entre musulmanes y cristianos en Nigeria. La modernización de África y la difusión del cristianismo van a propiciar la probabilidad de la violencia a lo largo de esta línea de ruptura. Sintomático de la intensificación de este conflicto fue el discurso del papa Juan Pablo II en Jartum en febrero de 1993, condenando las acciones del gobierno islamista del Sudán contra la minoría cristiana de aquel país.

En la frontera norte del Islam se han multiplicado los conflictos entre musulmanes y ortodoxos, incluyendo la carnicería de Bosnia y Sarajevo, el estallido de violencia entre Serbia y Albania, las difíciles relaciones entre los búlgaros y su minoría turca, la violencia entre osetios e ingushes, las constantes matanzas entre armenios y azerbaiyanos, las tensas relaciones entre rusos y musulmanes en Asia central, y el despliegue de tropas rusas en defensa de los intereses de Rusia en el Cáucaso y Asia central. La religión refuerza la reanimación de identidades étnicas y potencia los temores de Rusia por la seguridad de sus fronteras del sur. Esta preocupación está bien captada por Archie Roosevelt:

Una buena parte de la historia rusa está referida a las batallas libradas entre eslavos y turcos en sus fronteras, que se remontan a la fundación del Estado ruso hace más de mil años. En la milenaria confrontación de los eslavos con sus vecinos orientales se encuentra la clave para entender no sólo la historia de Rusia, sino también el carácter ruso. Para entender las realidades rusas de hoy, hay que

tener presente la idea del gran grupo étnico turco que ha preocupado a los rusos a lo largo de los siglos<sup>3</sup>.

El conflicto de civilizaciones está profundamente arraigado en otras partes de Asia. El choque histórico entre musulmanes y el hinduismo en el subcontinente asiático se manifiesta no sólo en la rivalidad entre Pakistán y la India, sino también en la intensificación de la lucha religiosa dentro de la India entre los grupos hindúes cada vez más militantes y la sustancial minoría musulmana de la India. La destrucción de la mezquita de Ayodhya en diciembre de 1992 puso sobre el tapete la cuestión de si la India debería seguir siendo un estado secular democrático, o convertirse en un estado hindú. En Asia oriental, China sostiene importantes disputas territoriales con la mayoría de sus vecinos. Ha practicado una política cada vez más despiadada con la población budista, y otro tanto ha hecho con su minoría turco-musulmana. Con el final de la guerra fría, las diferencias soterradas entre China y Estados Unidos han vuelto a manifestarse en sectores tales como el de los derechos humanos, del comercio, y de la proliferación de armas. Estas diferencias no tienen tendencia a desvanecerse. Una “nueva guerra fría”, afirmaba Deng Xiao Ping en 1991, se está gestando entre China y América.

La misma frase ha sido aplicada a las relaciones cada vez más difíciles entre Japón y los Estados Unidos. En este caso, la diferencia cultural exacerbaba el conflicto económico. Cada uno de los pueblos acusa de racismo al otro, pero al menos por parte norteamericana las antipatías no son raciales, sino culturales. Los valores básicos, las actitudes, las pautas de conducta de las dos sociedades no podrían ser más distintas. Las cuestiones económicas entre Estados Unidos y Europa no son menos serias que las de Estados Unidos y el Japón, pero en este caso no tienen la misma repercusión política ni la misma intensidad emocional porque las diferencias entre la cultura americana y la europea son sin comparación bastante menores que las que existen entre la civilización norteamericana y la civilización japonesa.

Las interacciones entre las civilizaciones varían enormemente en la medida en que puedan ser caracterizadas por la violencia. La competición económica es la que predomina claramente entre las subcivilizaciones occidentales norteamericana y europea, al igual que entre éstas y el Japón. En el continente euroasiático, sin embargo, la proliferación del conflicto étnico, llevado a su extremo en la “limpieza étnica”, no ocurre totalmente al azar. Su índice mayor de frecuencia y su máximo nivel de ferocidad se ha dado entre grupos pertenecientes a civilizaciones diferentes. En Eurasia, las grandes líneas históricas de fractura entre civilizaciones están una vez más en llamas. Este hecho es particularmente cierto a lo largo de las fronteras del creciente bloque islámico de naciones que se extiende desde la protuberancia de África hasta el Asia central. Hay también violencia entre los musulmanes, por una parte, y los serbios ortodoxos en los Balcanes, los judíos en Israel, los hindúes en la India, los bu-

distas en Birmania, y los católicos en Filipinas. El islam tiene sus fronteras ensangrentadas.

#### LA ADHESIÓN DE CIVILIZACIONES: EL SÍNDROME DE LA NACIÓN HERMANA

Los grupos o Estados pertenecientes a una civilización que está en guerra con una civilización diferente tratan naturalmente de obtener apoyo de otros miembros de su propia civilización. A medida que evolucionan las escuelas de la guerra fría, la comunalidad de civilización, lo que H. D. S. Greenway ha denominado el síndrome de la "nación hermana", va reemplazando las cuestiones de ideología política y del tradicional equilibrio del poder como base principal, por la cooperación y las coaliciones. La emergencia gradual de este proceso es detectable en los conflictos posteriores a la guerra fría en el golfo Pérsico, en el Cáucaso y en Bosnia. Ninguno de ellos fue una guerra a gran escala entre civilizaciones, pero cada uno contenía algunos elementos de adhesión civilizacional que parecían cobrar importancia a medida que el conflicto se prolongaba; estos elementos pueden proporcionar una anticipación de lo que quizá pueda esperarse en el futuro.

Para empezar, la guerra del Golfo se inició con la invasión de un Estado árabe por otro, y posteriormente se extendió la lucha a una coalición formada por árabes, Occidente y otros Estados. Mientras fueron sólo unos pocos los gobiernos musulmanes que apoyaron abiertamente a Saddam Hussein, muchas élites árabes lo aplaudieron en privado y su figura adquirió una gran popularidad en amplios sectores de la población árabe. El movimiento fundamentalista islámico apoyó universalmente a Irak y no a los gobiernos de Kuwait y Arabia Saudí, aliados de Occidente. Abjurando del nacionalismo árabe, Saddam Hussein invocó explícitamente un incentivo islámico. Saddam y sus seguidores trataron de definir la guerra como un enfrentamiento entre civilizaciones. "No es el mundo contra Irak", como Safar Al-Hawali, decano de los Estudios Islámicos en la Universidad Umm Al-Qyra de La Meca, grabó en una cinta de vídeo ampliamente difundida, "es Occidente contra el islam". Ignorando la rivalidad entre Irán e Irak, el principal líder religioso iraní ayatolá Alí Jamenei, declaró una guerra santa contra el Occidente: "La lucha contra la agresión, la codicia, los planes y la política de los americanos será tenida por una *jihad*, y todo el que muera en este empeño es un mártir". "Ésta es una guerra --sostenía el Rey Hussein de Jordania-- contra todos los árabes y todos los musulmanes y no contra Irak solamente".

La adhesión de secciones sustanciales de elites árabes y del pueblo a la causa de Saddam Hussein hizo que los gobiernos árabes de la coalición anti-Irak moderaran sus actividades y sus manifestaciones públicas. Los gobiernos árabes se opusieron o se distanciaron de los subsiguientes esfuerzos de Occidente por ejercer presiones sobre Irak, incluyendo la imposición de una zona

libre de vuelos en el verano de 1992 y el bombardeo de Irak en enero de 1993. La coalición anti-Irak de 1990 formada por occidentales, soviéticos, turcos y árabes, había quedado reducida hacia 1993 a una coalición casi exclusiva de Occidente y Kuwait contra Irak.

Los musulmanes contrastaron las acciones de Occidente contra Irak con la incapacidad de estos mismos occidentales para proteger a los bosnios de los serbios y para imponer sanciones a Israel por violar las resoluciones de la ONU. Occidente, afirmaban los árabes, está usando una doble norma. Un mundo de civilizaciones en conflicto es inevitablemente, sin duda, un mundo de normas dobles: los pueblos aplican una de ellas a sus naciones hermanas y otra diferente a los restantes países.

En segundo lugar, el síndrome de la nación hermana apareció asimismo en los conflictos de la antigua Unión Soviética. Los éxitos militares de Armenia en 1992 y 1993 estimularon a Turquía a apoyar más y más a su hermandad religiosa, étnica y lingüística en Azerbaiyán. “Tenemos una nación turca que comparte los mismos sentimientos que los azerbaiyanos”, decía un oficial turco en 1992. “Nos sentimos presionados. Nuestros periódicos están repletos de fotos de atrocidades y nos preguntan si es serio que continuemos con nuestra política neutral. Tal vez deberíamos mostrar a Armenia que hay una gran Turquía en la región.” El presidente Turgut Özal opinaba igual, observando que cuando menos Turquía debería “darle un susto a los armenios”. Turquía --amenazaba de nuevo Özal en 1993-- tendrá que “enseñar los dientes”. Aviones de reconocimiento de las Fuerzas Armadas turcas sobrevolaron las fronteras armenias; Turquía canceló sus operaciones comerciales y sus vuelos con Armenia; y juntamente con Irán anunció que no aceptaría el desmembramiento de Azerbaiyán. En sus últimos años de existencia, el gobierno soviético había apoyado a Azerbaiyán porque el gobierno de ésta estaba dominado por viejos comunistas. Con la extinción de la Unión Soviética, sin embargo, las consideraciones políticas dieron paso a razones religiosas. Las tropas rusas lucharon junto a las armenias, y Azerbaiyán acusó al “gobierno ruso de haber dado un giro de 180 grados” para apoyar a la Armenia cristiana.

En tercer lugar, en lo que respecta a la batalla librada en la antigua Yugoslavia, el público occidental mostró su simpatía y apoyo por los musulmanes bosnios y condenó los horrores que éstos sufrían de manos de los serbios. Relativamente poca atención se prestó, sin embargo, a los ataques croatas a los musulmanes y a su participación en el desmembramiento de Bosnia-Herzegovina. En los primeros estadios del levantamiento yugoslavo, Alemania, en un inusual despliegue de iniciativa y de fuerza diplomática, indujo a los otros once miembros de la Comunidad Europea a seguir su ejemplo reconociendo a Eslovenia y a Croacia. A consecuencia de la determinación del Papa de proporcionar un fuerte respaldo a los dos países católicos, el Vaticano hizo público su reconocimiento incluso antes que la Comunidad Europea. Los Estados Unidos siguieron la senda de Europa. De este modo,

los principales actores de la civilización occidental se adhirieron a sus correligionarios. A continuación, Croacia fue informada de que recibiría cantidades sustanciales de armamento procedente de Europa central y de otros países occidentales. El gobierno de Borís Yeltsin, por otra parte, intentó seguir una vía que fuese favorable a los serbios ortodoxos pero que no alejase a Rusia de Occidente. Sin embargo, los grupos nacionalistas y conservadores rusos, incluyendo muchos legisladores, atacaron al gobierno por no mostrarse más firme en su apoyo a los serbios. En los inicios de 1993, varios centenares de rusos militaban al parecer en las filas del ejército serbio, y circularon rumores de que Rusia estaba suministrando armas a Serbia.

Por su parte, los gobiernos y los grupos islámicos castigaron a Occidente por no acudir en defensa de los bosnios. Los líderes iraníes presionaron a los musulmanes de todos los países para que prestaran ayuda a Bosnia; violando el embargo de armas de la ONU, Irán les envió armas y hombres; grupos libaneses costeados por Irán enviaron guerrilleros para entrenar y organizar a las fuerzas bosnias. En 1993 se contabilizaban hasta cuatro mil musulmanes, procedentes de dos docenas de países islámicos, luchando en Bosnia. Los gobiernos de Arabia Saudí y de otros países sufrieron la creciente presión de los grupos fundamentalistas dentro de sus propias sociedades para que prestaran un apoyo más vigoroso a los bosnios. Está constatado que para finales de 1992, Arabia Saudí había enviado cantidades sustanciales de dinero para armas y recursos a los bosnios que incrementaron significativamente su potencial militar con respecto a los serbios.

En la década de 1930, la guerra civil española provocó la intervención de diversos países que eran políticamente fascistas, comunistas y demócratas. En los años noventa, el conflicto yugoslavo ha provocado la intervención de naciones que son musulmanas, ortodoxas y cristianas occidentales. El paralelo no ha pasado desapercibido. “La guerra en Bosnia-Herzegovina se ha convertido en el equivalente emocional de la lucha contra el fascismo en la guerra civil española”, observaba un editor saudí. “Los que han muerto allí son tenidos por mártires que intentaron salvar a sus compañeros musulmanes.”

Conflictos y violencia ocurren también sin duda entre Estados y grupos de una misma civilización. Pero no suelen ser conflictos tan violentos ni tan extendidos como los que se dan entre civilizaciones. La pertenencia a una misma civilización reduce la probabilidad de violencia en situaciones que en otras circunstancias podrían provocarla. En 1991 y 1992 fueron muchos los que se alarmaron ante la posibilidad de un conflicto armado entre Rusia y Ucrania por cuestiones relacionadas con el territorio, en particular Crimea, con la flota del mar Negro, con las armas nucleares y con la economía. Pero, si la comunidad de civilización tiene tanto peso, la probabilidad de tal enfrentamiento armado entre rusos y ucranianos debía ser baja. Los dos son pueblos eslavos, primariamente ortodoxos, y con estrechas relaciones mutuas desde hace siglos. Así pues, pese a todas las razones para el conflicto, a comienzos

de 1993 los dos países estaban efectivamente negociando y diluyendo sus diferencias. Mientras que han surgido serios enfrentamientos entre musulmanes y cristianos en otras partes de la antigua Unión Soviética, y se ha desatado bastante tensión y alguna lucha entre cristianos occidentales y ortodoxos en los Estados bálticos, no ha habido virtualmente ninguna violencia entre rusos y ucranianos.

La adhesión de las civilizaciones ha sido limitada hasta la fecha, pero va en aumento y posee claramente potencial para una extensión mayor. Mientras continúen los conflictos en el golfo Pérsico, en el Cáucaso y en Bosnia, las posturas de las naciones y las divisiones entre ellas continuarán produciéndose más y más a lo largo de las líneas que delimitan las civilizaciones distintas. Los políticos populistas, los líderes religiosos y los medios de comunicación han encontrado en estas civilizaciones un instrumento potente para encender el favor y el apoyo de las masas y de presionar a los gobiernos indecisos. En los años venideros, los conflictos locales máximamente susceptibles de convertirse en guerras de mayor escala serán los que surjan, como los de Bosnia y el Cáucaso, a lo largo de las líneas de fractura entre civilizaciones. La próxima guerra mundial, si llega a haberla, va a ser una guerra entre civilizaciones.

#### OCCIDENTE FRENTE AL RESTO

Occidente ocupa ahora una extraordinaria cima de poder en relación con las demás civilizaciones. La superpotencia que se le oponía ha desaparecido del mapa. Un conflicto armado entre estados occidentales es inconcebible y su poderío militar es inigualable. Aparte del Japón, Occidente no encuentra en parte alguna el menor desafío económico. Domina las instituciones políticas y de seguridad internacionales y, junto con Japón, las instituciones económicas mundiales. Los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia resuelven los problemas de política y de seguridad internacionales; los Estados Unidos, Alemania y Japón, los problemas económicos; y todos ellos mantienen entre sí relaciones extraordinariamente estrechas, excluyendo a los países menores, en su mayoría no occidentales. Las decisiones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas o del Fondo Monetario Internacional (FMI), que reflejan los intereses de Occidente, se presentan al mundo como si expresasen los deseos de la comunidad mundial. La propia expresión “comunidad mundial” se ha convertido en un eufemismo colectivo, que sustituye a “mundo libre”, para dar legitimidad mundial a medidas que reflejan los intereses de Estados Unidos y otras potencias occidentales<sup>4</sup>. Mediante el FMI y otras instituciones económicas internacionales, Occidente promueve sus intereses económicos e impone a otras naciones las políticas económicas que considera apropiadas. En cualquier consulta a una comunidad de pueblos no occidenta-

les, el FMI se ganaría sin duda el apoyo de los ministros de finanzas y de algunos otros, pero obtendría un aplastante rechazo por parte de la gran mayoría de la población, que estaría de acuerdo con la caracterización que hace Georgy Arbatov de los funcionarios del FMI como “neobolcheviques aficionados a expropiar el dinero de los demás, a imponer reglas antidemocráticas y extrañas de conducta económica y política y ahogar la libertad económica”.

El predominio de Occidente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y su gravitación sobre sus decisiones, frenadas sólo por la ocasional abstención de China, tuvo por efecto la legitimación por parte de las Naciones Unidas del uso de la fuerza occidental para expulsar a Irak de Kuwait y conseguir la eliminación de las armas sofisticadas de Irak y su capacidad de producir las. Igualmente ha aprobado la acción sin precedentes impuesta por los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, de que el Consejo de Seguridad exigiese a Libia la entrega de los sospechosos de la colocación de la bomba en el vuelo 103 del avión de la Panam y de que le impusiese luego sanciones por negarse a tal entrega. Tras haber derrotado al mayor ejército del mundo árabe, Occidente no ha vacilado en utilizar cualquier medio para someter a este pueblo. Está, en efecto, utilizando las instituciones internacionales, el poder militar y los recursos económicos para regir el mundo de manera que se mantenga el predominio occidental, que queden asegurados los intereses occidentales y que se promuevan los valores políticos y económicos de Occidente.

Éste es al menos el modo en que los no-occidentales ven el nuevo mundo, y hay desde luego un fuerte componente de verdad en esta visión. Las diferencias de poder y las luchas por la fortaleza militar, económica e institucional son así una fuente de conflicto entre el Occidente y las restantes civilizaciones, siendo también una segunda fuente las diferencias culturales, es decir, los respectivos valores y creencias básicas. V. S. Naipaul ha sostenido que la civilización occidental es la “civilización universal” que “conviene a todos los hombres”. A un nivel superficial, una buena parte de la cultura occidental ha impregnado ciertamente al resto del mundo. Sin embargo, a un nivel más básico, los conceptos occidentales difieren de manera fundamental de los prevalentes en otras civilizaciones. Las ideas occidentales de individualismo, constitucionalismo, derechos humanos, igualdad, libertad, imperio de la ley, democracia, mercado libre, separación de Iglesia y Estado, etc., han tenido con frecuencia escasa resonancia en las culturas islámica, confuciana, japonesa, hindú, budista u ortodoxa. Los esfuerzos occidentales para propagar estas ideas producen en cambio una reacción contra el “imperialismo de los derechos humanos” y una reafirmación de los valores autóctonos, como puede apreciarse en el apoyo que otorgan al fundamentalismo religioso las jóvenes generaciones en las culturas no-occidentales. La noción misma de que pudiese existir una “civilización universal” es una idea occidental que choca frontalmente con el particularismo de la inmensa mayoría de las sociedades asiáticas y con el énfasis que éstas ponen en lo que distingue a un pue-

blo de otro. El autor de una reseña sobre cien estudios comparativos de los valores en diferentes sociedades concluía de hecho que “los valores que tienen máxima importancia en Occidente la tienen mínima en el resto del mundo”.<sup>5</sup> En el ámbito político, estas diferencias se muestran con toda evidencia en los esfuerzos que hacen los Estados Unidos y otras potencias occidentales por inducir a otros pueblos a adoptar ideas importadas de occidente relativas a la democracia y a los derechos humanos. El gobierno democrático moderno ha tenido su origen en Occidente. Cuando se ha desarrollado en sociedades no-occidentales ha solido ser el producto del colonialismo o de la imposición occidental.

Es probable que el eje central de la política mundial en el futuro venga determinado, por utilizar la frase de Kishore Mahbubani, por el conflicto entre “Occidente y el resto” y la respuesta que den las civilizaciones no-occidentales al poder y a los valores de Occidente.<sup>6</sup> La forma que generalmente revisten estas respuestas es una, o una combinación, de las tres siguientes. En un extremo, los Estados no-occidentales pueden, como Birmania y Corea del Norte, tratar de emprender el camino del aislamiento para alejar a sus sociedades de la penetración o la “corrupción” occidental, y optar efectivamente por la no-participación en la comunidad global dominada por los occidentales. Los costes de esta opción, sin embargo, son altos, y pocos Estados se han atenido exclusivamente a ella. Una segunda alternativa, el equivalente del “subirse al carro” en la teoría de las relaciones internacionales, es tratar de unirse a Occidente y aceptar sus valores e instituciones. La tercera alternativa consiste en tratar de “contrapesar” a Occidente desarrollando el poder económico y el militar, cooperando contra él con otras sociedades no-occidentales, y preservando al mismo tiempo los valores y las instituciones indígenas: en suma, modernizándose, pero no occidentalizándose.

#### LOS PAÍSES ESCINDIDOS

Si los pueblos se diferencian entre sí por su civilización, es previsible que los países que tienen un gran número de habitantes pertenecientes a civilizaciones distintas, tales como Rusia y Yugoslavia, sean en el futuro candidatos idóneos para el desmembramiento. Algunos otros países tienen un grado definido de homogeneidad cultural, pero están divididos respecto a la cuestión de si su sociedad pertenece a una cultura o a otra. Son los países escindidos. Típicamente, sus dirigentes procuran adoptar una estrategia de adhesión al partido ganador y hacer a su pueblo miembro de Occidente, pese a que la historia, la cultura, y las tradiciones de los suyos no sean occidentales. El prototipo más obvio de país escindido es Turquía. Los dirigentes turcos de finales del siglo XX han seguido la tradición de Atatürk y definido a Turquía como un estado-nación moderno y secular. Alinearon a Turquía con Occidente en la

OTAN y en la guerra del Golfo y solicitaron su entrada en la Comunidad Europea. Pero al mismo tiempo, sin embargo, ciertos elementos de la sociedad turca han apoyado una reanimación islámica y han sostenido que Turquía es básicamente un sociedad musulmana del Oriente Medio. Por otra parte, aunque la elite de Turquía ha definido a su país como una sociedad occidental, la elite de occidente se niega a aceptar a Turquía como tal sociedad. Turquía no será miembro de la Comunidad Europea, y la razón real, como dijo el presidente Özal, “es que nosotros somos musulmanes y ellos cristianos, aunque no lo digan”. Habiendo renegado de La Meca, y siendo rechazada después por Bruselas, ¿hacia dónde puede orientarse Turquía? Tal vez hacia Tashkent. El final de la Unión Soviética ofrece a Turquía la oportunidad de convertirse en el líder de una renovada civilización turca que comprenda siete países desde las fronteras de Grecia hasta las de China. Alentada por Occidente, Turquía está haciendo ímprobos esfuerzos por labrarse esta nueva identidad para sí misma.

Durante la pasada década, México ha asumido una posición de alguna manera similar a la de Turquía. Tal como Turquía abandonó su histórica oposición a Europa e intentó unirse a ésta, México ha dejado de autodefinirse por oposición a los Estados Unidos tratando en su lugar de imitarlos y de unirse a ellos en el Área Norteamericana de Libre Comercio. Los líderes de México se han embarcado en la gran tarea de redefinir la identidad mexicana introduciendo al efecto importantes reformas económicas que eventualmente podrían conducir a un cambio político fundamental. En 1991 un alto consejero del presidente Carlos Salinas de Gortari me describió minuciosamente todos los cambios que estaba haciendo su gobierno. Cuando terminó, yo observé: “Eso es muy impresionante. Me parece que lo que ustedes tratan de hacer básicamente es convertir a México de país latinoamericano en un país norteamericano”. Él me miró sorprendido y exclamó: “¡Exacto! Eso es precisamente lo que estamos intentando hacer, aunque nunca lo digamos públicamente.” Como esta observación indica, en México, al igual que en Turquía, importantes sectores de la sociedad se resisten a una redefinición de la identidad de su país. En Turquía, los líderes de orientación europea tienen que hacer guiños al Islam (peregrinación de Özal a La Meca); del mismo modo, también en México sus líderes de orientación norteamericana tienen que contemporizar con los que siguen manteniendo que México es un país latinoamericano (cumbre iberoamericana de Guadalajara patrocinada por Salinas).

Históricamente, Turquía ha sido el país más profundamente escindido. Para los Estados Unidos, México es el país escindido más cercano. Y mundialmente, el país escindido más importante es Rusia. La cuestión de si Rusia es parte de Occidente o el líder de una civilización distinta eslavo-ortodoxa ha sido recurrente en la historia rusa. Este tema quedó enterrado por el triunfo comunista en Rusia, que importó una ideología occidental adaptándola a las condiciones rusas para desafiar luego a Occidente en nombre de esa misma ideología. El dominio del comunismo cortó el debate histórico entre occiden-

talización frente a rusificación. Con el descrédito del comunismo los rusos han vuelto nuevamente a reconsiderar esta cuestión.

El presidente Yeltsin está adoptando principios y metas occidentales y tratando de convertir a Rusia en un país “normal” y en parte del Occidente. Pero tanto la elite como el pueblo ruso están divididos al respecto. Entre los disidentes más moderados, Serguéi Stankevich sostiene que Rusia debería rechazar la carrera “atlantista” que, rápida y organizadamente, “haría de ella una nación europea que formase parte de la economía mundial, y acto seguido la convertiría en el octavo miembro de los Siete, aunque poniendo especial énfasis en que Alemania y Estados Unidos siguiesen siendo los dos miembros dominantes de la alianza atlántica”. Aunque rechazando igualmente una política exclusivamente euroasiática, Stankevich argumenta sin embargo que Rusia debería dar prioridad a la protección de los rusos en otros países, subrayar sus conexiones turcas y musulmanas, y promover “una apreciable redistribución de nuestros recursos, nuestras opciones, nuestros lazos y nuestros intereses en favor de Asia, de la dirección oriental”. Los que así piensan critican a Yeltsin por subordinar los intereses de Rusia a los de Occidente, por reducir la fuerza militar rusa, por retirar su apoyo a amigos tradicionales tales como Serbia, y por emprender reformas políticas y económicas de modos perjudiciales para el pueblo ruso. Indicativa de esta tendencia es la nueva popularidad de las ideas de Petr Savitsky, quien en los años veinte mantenía que Rusia era una civilización euroasiática única.<sup>7</sup> Voces disidentes más extremas y mucho más descaradamente nacionalistas, antioccidentales y antisemitas, urgen a Rusia a rehacer su poderío militar y a establecer lazos más estrechos con China y con los países musulmanes. El pueblo ruso está tan dividido como la elite. Una encuesta de opinión en la Rusia europea realizada en la primavera de 1992, reveló que el 40 por 100 del público tenía actitudes positivas hacia el Oeste y un 36 por 100 actitudes negativas. Como lo ha sido en la mayor parte de su historia, Rusia sigue siendo realmente a comienzos de la década de 1990 un país escindido.

Para redefinir su identidad como civilización, una nación escindida ha de cumplir tres requisitos. En primer lugar, sus mandos políticos y económicos tienen que compartir un claro entusiasmo por este movimiento. En segundo, sus ciudadanos han de desear verse englobados en la nueva redefinición. Y en tercero, los grupos dominantes en la civilización receptora han de querer acoger a los convertidos. Los tres requisitos se cumplen casi sin reservas en el caso de México. Los dos primeros están francamente extendidos en lo que respecta a Turquía. No es claro que ninguno de ellos goce de francas simpatías en el caso de una eventual unión de Rusia con Occidente. El conflicto entre la democracia liberal y el marxismo-leninismo era un conflicto entre ideologías que, pese a sus enormes diferencias, compartían ostensiblemente los objetivos últimos de libertad, igualdad y prosperidad. Una Rusia tradicional, autoritaria, y nacionalista, podría perseguir metas muy diferentes. Un

demócrata occidental podría mantener un debate intelectual con un marxista soviético. Pero le sería virtualmente imposible hacer lo mismo con un tradicionalista ruso. Si, aun dejando de comportarse como marxistas, los rusos rechazaran la democracia liberal y comenzaran a comportarse como rusos pero no como occidentales, las relaciones entre Rusia y Occidente podrían tornarse de nuevo distantes y conflictivas<sup>8</sup>.

#### LA CONEXIÓN CONFUCIANO-ISLÁMICA

Los obstáculos que se les presentan a los países no-occidentales alineados con Occidente varían de manera considerable. Son pequeños para los pueblos latino-americanos y los del este de Europa; mayores para los países ortodoxos de la antigua Unión Soviética; y aún mayores para las sociedades musulmanas, confucianas, hindúes y budistas. Japón ha establecido una posición única para sí mismo como miembro asociado de Occidente: es occidental en algunos aspectos, pero claramente no pertenece a Occidente en importantes dimensiones. Aquellas naciones que por razón de cultura y poder no desean, o no pueden, unirse a Occidente compiten con éste desarrollando su propio poder económico, militar y político mediante la promoción de su desarrollo interno y la cooperación con otras naciones no-occidentales. La forma más prominente de esta cooperación es la conexión confuciano-islámica que emergió como desafío a los intereses, valores, y poderío occidentales.

Casi sin excepción, los países occidentales están reduciendo su fuerza militar; y bajo el mandato de Yeltsin, lo mismo ocurre en Rusia. China, Corea del Norte y varios Estados del Asia central, sin embargo, están expandiendo significativamente sus capacidades militares. Y este objetivo lo están realizando gracias a la importación de armas desde fuentes occidentales y no-occidentales, y mediante el desarrollo de industrias armamentistas internas. Uno de los resultados es la emergencia de lo que Charles Krauthammer ha llamado “Estados-Arma”, que no son Estados occidentales. Otro resultado es la redefinición del control de armas, que es un concepto occidental y una meta occidental. Durante la guerra fría, el objetivo primario del control del armamento era el de establecer un equilibrio militar estable entre los Estados Unidos y sus aliados por una parte y la Unión Soviética y sus aliados por otra. Tras la guerra fría, el objetivo primario del control de armas es prevenir el desarrollo en sociedades no occidentales de potencial militar que pudiese amenazar a los intereses occidentales. Y Occidente intenta realizar esta tarea mediante acuerdos internacionales, presión económica y controles sobre la transferencia de armas y de tecnologías armamentistas.

El conflicto entre Occidente y los Estados confuciano-islámicos se mueve en torno, aun cuando no exclusivamente, a las armas nucleares, químicas y biológicas, a los misiles de crucero, y a otros medios sofisticados de producirlos, como también al control, a la inteligencia y a otros medios electrónicos para al-

canzar esta meta. Occidente promueve la no-proliferación de tales armas como norma universal y los tratados de no proliferación y las inspecciones como medios de cumplimiento de esa norma. Igualmente amenaza con una variedad de sanciones contra los países promotores de la difusión de armas sofisticadas y promete algunos beneficios para los que no lo hacen. La vigilancia occidental se centra, naturalmente, en aquellas naciones que real o potencialmente son hostiles a Occidente.

Por su parte, las naciones no-occidentales afirman su derecho a adquirir y desarrollar las armas que juzguen necesarias para su seguridad. Todas ellas han asumido, en su totalidad, la verdad de la respuesta del ministro de Defensa indio cuando se le preguntó por la lección que había aprendido de la guerra del Golfo: "No luches con los Estados Unidos si no dispones de armas nucleares." El armamento nuclear, el químico y los misiles son considerados, erróneamente con toda probabilidad, como el potencial igualador del superior poder convencional de Occidente. China tiene ya, desde luego, armas nucleares; Pakistán y la India poseen la capacidad de desarrollarlas. Corea del Norte, Irán, Irak, Libia y Argelia están al parecer en vías de adquirirlas. Un alto oficial iraní ha declarado que todos los Estados árabes deberían poseer armas nucleares, y se informa que el presidente de Irán publicó un edicto en 1988 convocando a la preparación de "armas ofensivas y defensivas de carácter químico, biológico y radiológico".

De importancia central para el desarrollo de potencial militar contra el Occidente es la continuada expansión del poder militar de China y de sus medios para crear ese poder. Animada por su espectacular desarrollo económico, China está aumentando rápidamente sus gastos militares y avanzando vigorosamente en la modernización de sus fuerzas armadas. Está comprando armas a los antiguos estados de la Unión Soviética; está desarrollando misiles de largo alcance; en 1992 puso a prueba un ingenio nuclear de un megatón. Está desarrollando capacidades de proyección de poder, adquiriendo tecnología de reabastecimiento aéreo de combustible, y tratando de adquirir una fuerza aérea. Su concentración militar y afirmación de soberanía sobre el mar del Sur de China está provocando una multilateral escalada de armas en el Asia Oriental. China es también una importante exportadora de armas y de tecnología armamentista. Ha exportado materiales a Libia e Irak que podrían utilizarse para la fabricación de armas nucleares y gas nervioso. Ha ayudado a Argelia a construir un reactor apropiado para la investigación y producción de armas nucleares. China ha vendido a Irán tecnología nuclear que, según fuentes gubernamentales norteamericanas, sólo podría emplearse para crear armas, y, al parecer, ha enviado a Pakistán componentes para misiles con un alcance de quinientos kilómetros. Corea del Norte ha tenido oculto durante algún tiempo un programa de armas nucleares y ha vendido misiles de tecnología avanzada a Siria y a Irán. El flujo de armas y de tecnología armamentista se mueve por lo general desde el Asia oriental al Oriente Medio. Hay, sin embargo, algún

movimiento en la dirección inversa; China ha recibido de Pakistán misiles Stinger.

De este modo ha nacido una conexión militar confuciano-islámica diseñada para promover la adquisición por sus miembros de las armas y de las tecnologías armamentistas necesarias para enfrentarse al poder militar de Occidente. Esta conexión puede ser duradera o no. Sin embargo, en la actualidad, como Dave McCurdy ha dicho, “un pacto de apoyo mutuo de renegados, firmado por los candidatos a la proliferación y quienes los respaldan”. Una nueva forma de competición de armamento está ocurriendo, por tanto, entre los Estados islámico-confucianos y Occidente. En la carrera armamentista al viejo estilo, cada una de las partes desarrollaba sus propias armas para contrapesar o superar la fuerza de la otra. En esta nueva forma, una parte está desarrollando sus propias armas y la otra tratando no de contrapesar sino de limitar y prevenir la construcción de dichas armas mientras reduce al mismo tiempo su propia capacidad militar.

#### IMPLICACIONES PARA OCCIDENTE

El presente ensayo no pretende sostener que las identidades de civilización vayan a reemplazar a todas las demás identidades, ni tampoco que vayan a desaparecer los estados nacionales, que toda civilización haya de tornarse en una entidad política singular y coherente, o que los grupos internos de una civilización no vayan a entrar en conflicto ni a combatir jamás entre sí. Lo que el presente ensayo se propone es elaborar una serie de hipótesis que cabe enumerar diciendo que las diferencias entre civilizaciones son reales e importantes; que la conciencia de civilización va en aumento; que el conflicto entre civilizaciones suplantará a las formas ideológicas y otras anteriores de conflicto para erigirse en la forma dominante de conflicto global; que las relaciones internacionales, que han sido históricamente un juego practicado dentro de la civilización occidental, serán crecientemente desoccidentalizadas para tornarse en un juego en el que las civilizaciones no-occidentales sean actores y no simplemente objetos; que la tarea de desarrollar instituciones internacionales de política, seguridad y economía cuenta con más probabilidades de éxito si se la lleva a cabo en el seno de una civilización que traspasando sus fronteras. Que los conflictos entre grupos de civilizaciones distintas serán más frecuentes, prolongados y violentos que los sostenidos entre grupos de la misma civilización; los conflictos violentos entre grupos de civilizaciones diferentes son la más verosímil y peligrosa fuente de escalada susceptible de transformación en auténticas guerras mundiales; que el eje supremo de la política mundial lo serán las relaciones entre “Occidente y el resto”; que los dirigentes en algunos países no-occidentales de situación y comportamiento indecisos tratarán de hacer de esos países parte de Occidente, si bien en la mayoría

de los casos habrán de afrontar graves obstáculos para cumplir ese objetivo; que surgirá un foco central de conflicto para el inmediato futuro entre el Occidente y diversos Estados islámico-confucianos.

Todo esto no significa sostener que sean deseables los conflictos entre civilizaciones. Es elaborar una serie de hipótesis descriptivas de lo que pueda ser el futuro. Pero, si estas hipótesis son plausibles, es necesario considerar sus implicaciones para la estrategia política occidental. Convendría dividir estas implicaciones en ventajas a corto plazo y adaptaciones o acomodaciones a largo. A corto plazo es claro que en el interés de Occidente está promover una mayor cooperación y unidad en el seno de su propia civilización, particularmente entre sus componentes europeos y norteamericanos; incorporarse las sociedades de Europa del Este y de Latinoamérica cuyas culturas son afines a las occidentales; promover y mantener relaciones cooperativas con Rusia y Japón; impedir que los conflictos locales se conviertan en grandes guerras entre civilizaciones; limitar la expansión del poder militar de los Estados confucianos e islámicos; moderar la reducción de capacidades militares occidentales y mantener la superioridad militar en Asia oriental y suroccidental; explotar las diferencias y los conflictos entre estados confucianos e islámicos; prestar apoyo a otros grupos de civilizaciones que simpaticen con los valores e intereses occidentales; fortalecer instituciones internacionales que reflejen y legitimen los intereses y los valores occidentales y promover la implicación de Estados no-occidentales en esas instituciones.

Pero a largo plazo convendría tomar otras medidas. La civilización occidental es a la par occidental y moderna. Las civilizaciones no-occidentales han intentado hacerse modernas sin devenir occidentales. Hasta la fecha, sólo Japón ha triunfado plenamente en esta empresa. Las civilizaciones no-occidentales continuarán tratando de adquirir la riqueza, la tecnología, las habilidades, las máquinas y el armamento que son parte del ser moderno. También tratarán de reconciliar esta modernidad con sus culturas y sus valores tradicionales. Su poder económico y militar por relación a Occidente irá en aumento. Y la consecuencia que de aquí se sigue es que Occidente tendrá que acomodarse o adaptarse crecientemente a estas modernas civilizaciones no-occidentales cuyo poder se aproxima al occidental, pero cuyos valores e intereses difieren significativamente de los occidentales. Ello requerirá que Occidente mantenga el poder económico y militar necesario para proteger sus intereses en relación con esas civilizaciones. Pero también requerirá que Occidente desarrolle una comprensión más profunda de los fundamentales supuestos filosóficos y religiosos subyacentes a otras civilizaciones y de los modos en que las gentes de esas civilizaciones suelen ver sus propios intereses. Requerirá un esfuerzo identificar elementos de comunalidad entre las civilizaciones occidentales y las no-occidentales. Para el futuro relevante, no habrá ninguna Civilización Universal, sino, por el contrario, un mundo de civilizaciones distintas, cada una de las cuales tendrá que aprender a coexistir con las otras.

## NOTAS

\* SAMUEL P. HUNTINGTON es Eaton Professor de Ciencia Política y Director del Instituto John M. Olin de Estudios Estratégicos de la Universidad de Harvard. Este artículo es resultado del proyecto del Instituto Olin sobre "El Cambio del Entorno de Seguridad y los Intereses Nacionales Americanos".

<sup>1</sup> MURRAY WEIDENBAUM, *Greater China: The Next Economic Superpower?*, Saint Louis, Washington University Center for the Study of American Business, Contemporary Issues, Serie 57, febrero de 1993, pp. 2-3.

<sup>2</sup> BERNARD LEWIS, "The Roots of Muslim Rage", *The Atlantic Monthly*, vol. 266, septiembre de 1990, p. 60; *Time*, 15 de junio de 1992, pp. 24-8.

<sup>3</sup> ARCHIE ROOSEVELT, *For Lust of Knowing*, Boston, Little Brown, 1988, pp. 332-3.

<sup>4</sup> Casi de manera invariable, los líderes occidentales declaran que están actuando en ayuda de la comunidad mundial. Pero se deslizó, sin embargo, un pequeño lapsus con ocasión de la guerra del Golfo. En una entrevista concedida a *Good Morning America* el 21 de diciembre de 1990, el primer ministro británico John Major se refirió a las acciones que estaba emprendiendo "Occidente" contra Saddam Hussein. Pero inmediatamente se corrigió para referirse por sistema, en el resto de la entrevista, a "la comunidad mundial". Precisamente era en su "equivocación" cuando estaba diciendo la verdad.

<sup>5</sup> HARRY C. TRIANDIS, *The New York Times* de 25 de diciembre de 1990, p. 41, y "Cross-Cultural Studies of Individualism and Collectivism", Simposio de Nebraska sobre "Motivación", vol. 37, 1989, pp. 41-133.

<sup>6</sup> KISHORE MAHBUBANI, "The West and the Rest", en *The National Interest*, verano de 1992, pp. 3-13.

<sup>7</sup> SERGUÉI STANKEVICH, "Russia in Search of Itself", *The National Interest*, verano de 1992, pp. 47-51; DANIEL SCHNEIDER, "A Russian Movement Rejects Western Tilt", *Christian Science Monitor*, 5 de Febrero de 1993, pp. 5-7.

<sup>8</sup> Owen Harries ha observado que Australia está intentando en cambio (imprudentemente, a su entender) convertirse en un país escindido. Aunque Australia ha sido miembro de pleno derecho no sólo de Occidente, sino también del grupo militar ABCA y del núcleo de inteligencia occidental, sus actuales dirigentes están proponiendo en efecto que se desgaje de Occidente, que se redefina como país asiático, y que cultive lazos más estrechos con sus vecinos. El futuro de Australia, argumentan sus dirigentes, está en las economías dinámicas del Asia oriental. Pero, como yo he sugerido, la cooperación económica estrecha requiere normalmente una base cultural común. En adición a esto, ninguna de las tres condiciones necesarias para que un país escindido se una a otra civilización es verosímil que se den en el caso de Australia.